

## El modo de escribir la historia o la importancia de los hechos en el pensamiento histórico de Andrés Bello

### Resumen

Desde la visión académica de Andrés Bello la historia juega un papel de primer orden. Su utilización para la tarea de ilustrar un pueblo es imprescindible, más aún si esos pueblos están luchando por fundarse como repúblicas nuevas e independientes. A tal fin, es necesario auspiciar desde los espacios universitarios una visión filosófica de la historia que reconozca el valor incuestionable de los hechos, sin los cuales sería vana tarea emitir juicios universales sobre la realidad histórica de una sociedad.

*Palabras clave:* Historia, Andrés Bello, hechos empíricos, orden.

### Abstract

From Andrés Bello's academic vision, history plays a high rank role. Its use on the task of educating a nation is essential, the more so if those nations are struggling to become new, independent republics. To that end, it is necessary to promote from university a vision on history, or a philosophy of history, that acknowledges the unquestionable value of facts, without which there is no point in making universal judgements on a society's historical reality.

*Keywords:* history, Andrés Bello, empirical facts, order.

---

\* Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, Venezuela.

Podemos asumir, sin correr muchos riesgos, que el ser humano es la entidad privilegiada de todo ejercicio histórico, funja éste como protagonista, narrador, testigo, recopilador, orador, espectador, víctima o victimario, etc. Estamos lejos de incurrir en algún desatinado al afirmar que la historia se puede asumir como la memoria de las civilizaciones, especialmente cuando se da a la tarea de registrar el alcance y desarrollo de los hechos y sucesos de todos y cada uno de los pueblos a través de sus monumentos y documentos.<sup>1</sup> Tarea que abarca por igual el seguimiento de los acontecimientos como también la conciencia histórica que se desprende de lo acontecido. Inclusive, toda historia reconoce el papel del tiempo y lo correspondiente a los distintos sucesos, hechos, datos, informes y referencias que marcan un ahora distinto de un ya fue o de un instante que aún no ha sido: «La historia comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el transcurso del tiempo,...».<sup>2</sup> Por lo tanto, el historiador está obligado a formalizar todas estas faenas porque más allá de que lo acontecido no pueda modificarse, indicando un tiempo que no es el nuestro, encontrará, por el contrario, que jamás se agota el potencial de conocimientos que parte de la búsqueda y afán por entender lo sucedido con un mínimo de fidelidad, manifestándose así una rica e inacabada capacidad de extenderse, y eso que estamos dejando al margen un espacio que no se puede desestimar y que está dedicado a la discusión historiográfica y afiliación de nuevos métodos para el mejoramiento de las investigaciones históricas.

En palabras del propio Marc Bloch: «El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar...».<sup>3</sup> Aquí radica gran parte de la pasión por el oficio del historiador revelándose una necesidad jamás satisfecha de volver una y otra vez sobre el pasado sea para recordarlo, estudiarlo, entenderlo, o servirse de él para juzgar sobre el presente y quizás aportar algunas luces sobre el futuro. Plataforma para justificar las bases de una nación, de una cultura, de una sociedad cuando busca precisar las razones de su existencia y

<sup>1</sup> «Tales materiales de la memoria pueden presentarse bajo dos formas principales: los monumentos, herederos del pasado, y los documentos elección del historiador.» Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria*, Barcelona. Editorial Paidós. 1991. p. 227

<sup>2</sup> Carr, Edward H. *¿Qué es la historia?*, Barcelona. Editorial Ariel. 2003. p. 218

<sup>3</sup> Bloch, Marc. *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Caracas. Fondo Editorial Lola de Fuenmayor/Fondo Editorial Buria. 1986. p. 91

reconocimiento, de ahí la gran preocupación por cuidar tanto el detalle de los acontecimientos como el espíritu que los inspira.

Si bien hasta aquí las cosas parecen marchar de maravilla, hemos de reconocer de inmediato que la hora de los acuerdos llega a su fin. Para volver a un debate jamás clausurado a través de los tiempos ¿Debe ser la historia analítica o sintética? ¿Debe ir al detalle o a la visión de conjunto?, ¿Cómo y de qué manera ha de ponderar, clasificar u ordenar los hechos? ¿Qué es lo que debe preservar y para quién preservarlo? Acaso les incumbe a los estudiosos historiadores descubrir las leyes y causas que expliquen los hechos o por el contrario les corresponde reconocer la libertad de los actores dejando un espacio abierto para el azar. ¿Qué causas merecen una extensión explicativa que lo amerite y cuáles efectos deben ser objeto de estudio pormenorizado? ¿Qué guardar y qué mandar al trasto de la basura? ¿Hasta dónde afinar la especificidad del hecho en detrimento de la generalidad o viceversa?, ¿se debe conformar el trabajo histórico a la presentación de los hechos o debe en cambio sujetarlos con el lazo de las ideas? Tal vez sugerir que gran parte de la tarea adelantada por el historiador debe arrancar desde individualidades o, por el contrario, desde el complejo entramado de las sociedades. ¿Vale cualquier documento? ¿Cualquier testigo? Quizá todo ejercicio histórico tiene por objetivo comprobar la existencia de un sentido último sea éste religioso, filosófico, o político, o por el contrario, su faena consiste en manifestar la riqueza y pluralidad del genero humano y de su incesante accionar.

La historia puede ofrecer varias perspectivas que van desde una aproximación pragmática de los acontecimientos, pasando por los ejercicios que buscan realzar fines morales, educativos o nacionales, inclusive tiene la posibilidad de cumplir con un rol eminentemente utilitario, como también ayudar a los futuros dirigentes de una nación, a sus docentes y su pueblo con el principal propósito de aligerar la cantidad de errores por descuido y desconocimiento del pasado. Igualmente, puede pensarse la historia cual piedra angular de toda nación, legitimando su origen y pervivencia en el tiempo de sus modelos políticos, recalcando sus costumbres y precisando una estructura de valores que le den vida patria a una comunidad. En una palabra, asumir el papel educativo y ejemplarizante de la historia con el firme propósito de establecer tanto las bases formativas de los ciudadanos como el orden que debe regir toda república cuando es capaz de aprender las lecciones del pasado, más aún cuando nos referimos a las nacientes

repúblicas americanas. Ahora bien, ¿desde dónde llevar a cabo esta tarea?, ¿qué institución debe velar por tan elevadas funciones morales y políticas en procura del bien de toda nación? Para Andrés Bello dicha tarea corresponde a la universidad, ya que se trata de una institución que no debe desestimar ningún esfuerzo a la hora de estimular los estudios e investigaciones en las distintas ramas del saber, ello con la expresa condición de reforzar las buenas costumbres de un país, como también de establecer y preservar una sana política. En esta primera etapa, llamada de Caracas, tenemos a un Bello más preocupado por la preservación de las tradiciones y una cotidianidad más sosegada, enemigo de los cambios violentos. Mientras que, en su etapa de Chile, se preocupa más por el realce del acervo de los conocimientos y de las costumbres, al punto que tanto el estudio de las leyes como de la historia deben poner de manifiesto que toda institución se mantiene y prospera cuando evoluciona gradual y ordenadamente. Nada más pernicioso para una nueva nación que apostar por saltos revolucionarios de dudosa legitimación, más aún cuando vienen acompañadas de desolación y muerte como resultado de estas aventuras, desde todo punto de vista innecesarias. Como rector de la Universidad de Chile veremos a un Bello que lo apuesta todo por una enseñanza que reparara en lo moral y las buenas costumbres como en la política, y todo aquello que tiene que ver con el compromiso ciudadano.

Andrés Bello, en su *Discurso Inaugural de la Universidad de Chile* pronunciado el 17 de septiembre de 1843, indicaba que la función principal de esta naciente institución reposaba en el estudio y enseñanza de las ciencias y de las letras. Tarea que debería llevarse a cabo sin desatender la buena moral y la política, ya que no se puede concebir un conocimiento que tenga por función menoscabar las relaciones entre ciudadanos. En una palabra, no sería conocimiento por no contar con un mínimo de utilidad para el bien de las relaciones sociales: «La universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si... el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo el punto de vista moral, o bajo un punto de vista político».<sup>4</sup> No logra entrever Andrés Bello la posibilidad de realizar un trabajo de investigación y menos aún de docencia si en

<sup>4</sup> Bello, Andrés. «Discurso pronunciado en la instalación de la universidad de Chile el día 17 de setiembre de 1843» en *Temas Educativos I, Obras Completas*, Vol. XXI, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 4

sus propósitos no demuestra algún servicio para los requerimientos espirituales y materiales de la comunidad.

Una universidad aislada de su entorno socio-cultural perdería toda su razón de ser, ya que su fin estriba en la difusión y la clasificación de aquellos conocimientos que deberán ser de provecho para el bien del colectivo.<sup>5</sup> Aparte, un conocimiento inútil simplemente no sería conocimiento, no obstante, un conocimiento capaz de arrojar luces y progreso sobre el colectivo no puede ser tachado de inmoral o peligroso políticamente, puesto que ello señalaría una perniciosa inmadurez cultural, poco aconsejable si se tiene por norte formar ciudadanos para aquellas repúblicas que como la chilena están aún en ciernes. No deben servir como excusas ni los temores, ni la falacia a la autoridad con la intención de coartar el desarrollo del saber. Los falsos dogmatismos o las posiciones sesgadas en nada pueden ayudar al sano desenvolvimiento de los planes educativos de una institución tan importante como lo es la universidad. La labor a desempeñar en el espacio consagrado al saber tiene que ser fecunda para el colectivo y estimulante para el desarrollo de propuestas que apuntalen la importancia de la libertad y las buenas costumbres.

(...) La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad –y digo más– lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del estado. Pero en este siglo, en Chile, en esta reunión, que yo miro como un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual; en esta reunión, que, por una coincidencia significativa, es la primera de las pompas que saludan el día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena, yo no me creo llamado a defender las ciencias y las letras contra los paralogismos del elocuente filósofo de Ginebra, ni contra los recelos de los espíritus asustadizos, que con los ojos fijos en los escollos que han hecho zozobrar al navegante presuntuoso, no querrían que la razón desplegara jamás velas, y de buena gana la condenarían a una inercia eterna, más perniciosa que el abuso de las luces a las causas mismas porque abogan<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> «(...)La universidad era por tanto concebida como una institución a cargo de promover la investigación y satisfacer ciertas necesidades nacionales a través de la alfabetización universal, como también el conocimiento específico de varias ramas del conocimiento...» Jaksic, Iván. *Andrés Bello. La pasión por el orden*, Caracas. Bid&co. Editor, 2007 p. 232.

<sup>6</sup> Bello, Andrés. «Discurso pronunciado(...)» pp. 4, 5.

Y al hablar de moral y de política Bello se está refiriendo al progreso como sinónimo de liberación de los pueblos, no es solamente las buenas maneras, el respeto por la religión establecida, el debido comportamiento cívico que demandan los espacios comunes de una república y que todo ciudadano debe demostrar, si no la capacidad de arrojar luces donde antes había sombras. Luces que promueven al desarrollo de las industrias, de las ciencias, de las artes, de las leyes y de la filosofía. Si la razón tiene un papel a desempeñar debe ser el de divulgar conocimientos que apoye la prosperidad y el desarrollo. De entrada, Bello manifiesta su inconformidad con los sofismas que catalogan de mala influencia la interacción social por ser foco exclusivo de corrupción y perdición del individuo. No se puede abogar por un estado de naturaleza, sino formalizar las bases de una sociedad organizada bajo los parámetros del orden y de la convivencia. Conciliar el saber, la religión y en especial el precepto que se deriva de un cuerpo de leyes bien constituidas,<sup>7</sup> debe ser el propósito principal de todo buen gobierno. Promover un cuerpo de normas que cumplan con su objetivo de guiar a los seres humanos en el establecimiento de sólidos valores capaces de contrarrestar otros valores pergeñados de egoísmo como el afán de lucro, de señorío y mérito personal, propio de una sociedad que, promueve tanto las desigualdades como las ventajas individuales sobre las colectivas.<sup>8</sup> Lejos está Bello de aceptar, sin reflexión previa, los argumentos en contra de la sociedad y de su posible progreso presentados por Rousseau como vía para superar las contradicciones que suelen acompañar las relaciones sociales.

La sociedad no es nociva en sí misma y corruptora del hombre en su estado prístino, asumiendo, inclusive, aquellos egoísmos que es capaz de engendrar.

<sup>7</sup> «Muchos de los pueblos modernos más civilizados han sentido la necesidad de codificar sus leyes. Se puede decir que está es una necesidad periódica de las sociedades(...)» Bello, Andrés. «Código civil de la República de Chile. Exposición de Motivos» en *Código civil I, Obras Completas*, Vol. XIV, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 3. Véase también Jaksic, Iván, op. cit. especialmente el capítulo VI titulado «El imperio de la ley». El profesor Iván Jaksic apunta que para Bello así como la necesidad de leyes jurídicas eran requeridas para atender a los requerimientos de una sociedad, así también, era indispensable un registro que diera cuenta de los cambios en materia lingüística, con la intención de acomodar las normas, sin destruirlas, (gramaticales y jurídicas) con el interés propio de las sociedades en constante evolución.

<sup>8</sup> Véase Rousseau, J. J. *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres. El contrato social*, Barcelona. Editorial Orbis. 1984. En especial el capítulo II del *Discurso sobre...*

No puede haber un sector malo o dañado y un sector puro y bueno, la visión de Bello no refleja ningún acercamiento con las tesis maniqueas. Existe un cuerpo de verdades que pueden, cuando son bien entendidas, disipar la oscuridad y establecer el orden y la armonía en el seno mismo de las sociedades. Es por ello que Bello, en su afán de manifestar su tesis sobre el valor de ciertas verdades, las cuales son, dadas su consistencia, capaces de comunicarse entre sí y solidificarse empujando hacia delante a pueblos y naciones, certifica la existencia de un progreso sostenido a través del conocimiento. Nuestro ilustre caraqueño llamó esta realidad: *«los adelantos en todas las líneas»*<sup>9</sup> ya que bajo estas condiciones es posible concebir la libertad política, económica y de pensamiento de una república.

Únicamente el conocimiento ordenado y debidamente impartido en los espacios académicos, con todo el rigor que los acompaña, puede fortalecer la razón humana y alimentar constantemente su curiosidad para evitar sus traspíes. En este empeño cabe pensar en un alma noble dispuesta a despejar los enigmas de la naturaleza, en la armonía que se observa cuando las partes reconocen el conjunto que las agrupa. «(...) He dicho que todas las verdades se tocan, y aun no creo haber dicho bastante. Todas las facultades humanas forman un sistema, en el que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una(...)».<sup>10</sup> Igual sucede con la sociedad, la universidad, la escuela, etc., en su conjunto deben ser promotores de la libertad, del conocimiento y del progreso.

Ahora bien, no debemos entender que todas estas labores se conforman con la proclamación de la libertad y la aceptación de unas pocas noticias que indiquen en líneas generales los puntos resaltantes de un saber, es menester estudiar las razones que llevaron a los ciudadanos invocar los beneficios de la libertad, respondiendo al por qué se debe luchar por ella. Abrir los espacios académicos a la experimentación, a la reflexión, lejos de todo dogmatismo. A esta realidad no escapa el saber en general y la historia en particular. «(...)La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la universidad(...)».<sup>11</sup> Y para la

<sup>9</sup> Bello, Andrés. «Discurso pronunciado» (...) p. 5.

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 5.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 18.

historia este ejercicio es vital porque, antes de adelantar juicio sobre el pasado, es menester estudiarlo, analizarlo, recopilarlo en todos sus detalles, con la intención de evitar el olvido y la tergiversación. Por consiguiente, cuando Bello nos habla de verdades que corresponden con el objeto de disipar las tinieblas de la ignorancia está pensando en la tarea moral del historiador, al tener como norte presentar todos los hechos que estén a su alcance. Ni ocultar ni generalizar, antes bien presentar la mayor cantidad de datos posibles, al tiempo de ser capaz de ilustrar al lector ávido de conocimiento sobre lo sucesos que está dispuesto a referir. No es una simple enumeración de eventos, sino la necesidad de presentar lo acontecido para educar procurando manifestar las potencialidades de un pueblo y de su cultura.

Esta tarea educativa, dejando entrever una serie de valores estimables dignos de mención, la podemos observar en los primeros trabajos históricos de Bello que datan de 1808 y que fueron publicados por la *Gazeta de Caracas*. Nos referimos al *Resumen de la Historia de Venezuela*, capítulo breve que debería formar parte de un trabajo mayor en preparación y que Bello tituló: *Calendario Manual y Guía Universal de forasteros en Venezuela*. En el *Resumen*, nuestro autor quiere resaltar el amor por la agricultura, destacando que Venezuela a diferencia de México y Perú, poseedores de grandes cantidades de metales con gran valor en el mercado de entonces, adquirió poco a poco jerarquía e importancia para la Metrópoli por sus productos agrícolas. El cacao, el añil, el azúcar, el tabaco, el algodón y en especial el café, se tornaron en mercancías de alta estima para los mercados europeos. «Venezuela no tuvo en sus principios aquellas cualidades que hicieron preferibles a los españoles otros puntos del continente americano(...),<sup>12</sup> apuntaladas por sus rápidas fortunas sino que necesitó de un mayor tiempo para producir las, lo que estimuló un compromiso de trabajo mucho más estable para europeos y nacionales: «(...)mas a pesar de esta lentitud vemos que apenas se desarrolla su agricultura obtiene el fruto de su primitivo cultivo la preferencia en todos los mercados(...)».<sup>13</sup> Esta fijación por la labranza<sup>14</sup> en el campo indicaba apego a la tierra y toma de conciencia

<sup>12</sup> Bello, Andrés. «Resumen de la Historia de Venezuela» en *Temas de Historia y Geografía, Obras Completas*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982.. p. 47.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 47.

<sup>14</sup> «...A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela(...)» *Ibid.* p. 49.

por valores como el trabajo, en especial el agrícola, por cuanto es por intermedio de ambos valores que el venezolano se siente comprometido con su territorio y ganado a su desarrollo.<sup>15</sup> La agricultura genera el sentido de la permanencia y arraigo a una geografía y a una comunidad.

No se trata de disfrazar el pasado para enaltecer el presente, sino explicar a través del pasado porqué este presente y no cualquier otro. Y qué mejor manera de adelantar este trabajo que alentando todas aquellas tareas que tienen por finalidad el registro pormenorizado del pasado de un pueblo o de una civilización. Lejos debe estar del propósito de todo investigador de la historia desestimar los esfuerzos en procura del detalle, del registro, de la huella, por muy simple y cotidiano que este sea. Menos aún pensar que la historia es un oficio de menor valía, cuya única tarea reside en divulgar las costumbres y las tradiciones o en su defecto el saber de otros tiempos ya muertos y los cuales no vale la pena desenterrar. Todo debe ser registrado, todo ha de ser rescatado y organizado ya que así se está garantizando el gentilicio de una nación. No hay presente que no requiera de un pasado que lo justifique. No se puede borrar la herencia de un pueblo, porque sería decretar la eliminación de su identidad, dando rienda suelta al desorden y la ficción política. Un ejemplo de esta preocupación por el detalle y el registro pormenorizado del pasado lo podemos encontrar en el número aparecido en abril de 1827 de *El Repertorio Americano* donde Andrés Bello en una reseña titulada: *Historia de la Conquista de México por un indio mexicano del siglo XVI*, se da a la tarea de ensalzar el trabajo realizado por el indio Chimalpain. Llega inclusive, a aplaudir la decisión de las autoridades de México por la feliz iniciativa de promover la publicación de dicha obra. Historia que marca con lujo de detalles las fechas y sus acontecimientos: «...el año 1068, hasta el de 1597 de la era vulgar; comentarios históricos que abrazan desde el año 1064 hasta el de 1521, y relaciones de los reinos de Acolhuacán, México, y otros del Abáhuac(...)»<sup>16</sup> Lo más llamativo de esta reseña es la estima

<sup>15</sup> «(...) contrasta Bello los tiempos crueles y devastadores en que los españoles buscaron el Dorado y abandonaban los primeros establecimientos en pos de una Manoa inalcanzable, con los otros –a partir ya de la segunda mitad del siglo XVII– cuando curados del espejismo del oro, se dedicaron a la más fiel y estable agricultura. Y la tierra supo premiar su desce de permanencia...» Picón-Salas, Mariano. «Bello y la Historia» en Bello, Andrés, *Obras Completas*, Vol. XXIII, Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1982., p. XXVII.

<sup>16</sup> Bello, Andrés. «Historia de la conquista de México por un indio mexicano del siglo XVI» en *Temas*

por un método histórico apegado a lo empírico, a los hechos sin edulcoraciones o ropajes ficticios. Una preocupación por presentar con detalle la historia de la nación azteca, sin apostar por una postura acomodaticia o condenatoria del pasado.

Todas las naciones cultas han mostrado particular esmero en recoger y publicar los documentos primitivos de su historia, sin desdeñar aun los más rudos y toscos. Crónicas insulsas, leyendas atestadas de patrañas, y hasta los cantares rústicos que se componían para entretenimiento del vulgo, han sido, no solamente recogidos y dados a la estampa, sino comentados e ilustrados, no teniendo a menos emplearse en esta deslucida tarea los Ducanges, los Leibnitz, los Muratoris, y otros célebres escritores. De este modo se ha sacado la historia de Europa del polvo y tinieblas en que estaba sumida; se han explorado los orígenes de los gobiernos, leyes y literatura de esta parte del mundo; se ha visto nacer, crecer y desarrollarse sus instituciones; la crítica ha separado el oro de la escoria; y la barbarie misma ha presentado un espectáculo tan entretenido como instructivo para la filosofía (...).<sup>17</sup>

Y este ceñirse a lo real cotidiano en todos sus detalles guarda mucha relación con la influencia que Bello absorbe del ambiente intelectual de Londres, y en el cual le tocó vivir por espacio de 19 años ininterrumpidos. Seguir los hechos en un orden cronológico, explicando su sucesión a través de su emergencia o aparición. El criterio principal que todo expositor debe cuidar es que no existe hecho por más nimio, tosco o banal que no merezca ser contado y dado a conocer. Solo así las generaciones futuras pueden hacerse la idea, sino fiel, por lo menos aproximada a lo sucedido. No debe dejarse en el tintero la importancia que tiene la cotidianidad a la hora de seguir y comprender la evolución de los pueblos. Las asignaciones no pueden reducirse al estudio e interpretación de los grandes pensamientos del pasado, a sus grandes teorías y sistemas filosóficos. Sólo será posible salir de la barbarie si se cuenta con el mayor número de contribuciones que se den a la tarea de constatar el valor asociativo de los distintos eventos que conforman todo proceso histórico. Para Bello más que teorías apoyadas en propuestas racionales es menester dirigir una atenta y minuciosa observación sobre los hechos empíricos.

Los hechos así expuestos tienen la ventaja de mostrar la maduración de una nación, y la ventajas que trae apostar por un desarrollo continuo en la marcha de

---

*de Historia y Geografía, Obras Completas*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 71.

<sup>17</sup> *Ibid.* pp. 69, 70.

los pueblos, antes que apostar por propuestas revolucionarias. Lejos se encuentra Bello de admitir una razón teleológica que justifique los cambios bruscos en el seno de una sociedad. Como tampoco acepta leyes históricas universales que intenten suplantar la explicación de los hechos. Por otro lado, las ideas no están en capacidad de sustituir la secuencia de los eventos. La teoría de asociación que enarbola Hume para entender el encadenamiento de los hechos sirve por igual para explicar las ideas filosóficas, como históricas<sup>18</sup>. Partiendo de una cadena de eventos se vislumbra que la función de todo historiador debe comenzar con hilar las secuencias de forma tal que no queden espacios vacíos u oscuros. La comprobación de datos y documentos surte efectos más benéficos que la mejor de las especulaciones. Nada se da de forma aislada, y no puede ofrecerse razones si antes no se cuenta con un soporte empírico<sup>19</sup>. De ahí que la observación sea una herramienta indispensable e insustituible para el estudio de los acontecimientos históricos. Sobre esta base la razón obtiene un piso sólido para sus ejercicios reflexivos, sin tener que caer en propuestas carentes de apoyo documental, que por sí mismas ni valen nada para el investigador ni aportan nada a la sociedad. Esta preocupación empírica que manifiesta la importancia por las fuentes busca, entre otras cosas, evitar aquellas historias más preocupadas por propiciar movimientos que pudiesen perjudicar el progreso de una nación, valiéndose de la

---

<sup>18</sup> «Mientras que el historiador reconstruye la serie de acciones en su orden inicial, se eleva a sus fuentes y principios ocultos y esboza sus consecuencias más remotas, y escoge para su tema una determinada porción de aquella cadena de acontecimientos que componen la historia de la humanidad, intenta en su relato tratar cada eslabón de esta cadena. Algunas veces, la ignorancia invencible hace que todos sus intentos sean inútiles. Otras, suple por conjetura aquello de lo que no tiene conocimiento, y siempre tiene conciencia de qué, cuanto menos inconexa sea la cadena que presenta a sus lectores, más perfecta es su obra. Ve que el conocimiento de las causas no sólo es el más satisfactorio, siendo su relación o conexión la más fuerte de todas, sino también el más instructivo, puesto que tan sólo por este conocimiento podemos controlar los acontecimientos y gobernar el futuro». Hume, David. *Investigaciones sobre el conocimiento humano*. Madrid. Alianza Editorial. 1980. nota 5 p. 42.

<sup>19</sup> «La presentación de una memoria anual sobre un tema histórico estaba contemplada en los estatutos (art. 28) de la Universidad de Chile, y especificaba que *«se pronunciará un discurso sobre alguno de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos, y desenvolviendo su carácter y consecuencias con imparcialidad y veracidad»*. La intención de Bello era inaugurar una tradición de estudios históricos,(...)» Jaksic, Iván. *Op. cit.*, p. 241.

desmemoria y la tergiversación de los acontecimientos. El fin de la historia consiste en el rescate y la preservación de los testimonios que recogen los hechos del pasado sin modificarlos con la intención de alentar revoluciones. Cuando se mira lo realmente sucedido se encontrará un camino de superaciones y progreso. En ello descansa la enseñanza empírica de la historia. Al respecto nos dice Mariano Picón-Salas lo siguiente:

Mientras que la Historia racionalista parecía conducir a una meta teleológica —divina o revolucionaria—, la Historia empírica conducía al compromiso o la serena evolución, como en la propia vida política de Inglaterra. Frente a la Apocalipsis revolucionaria que desde Francia amenazaba encender todo el continente europeo y esparcirse a los pueblos lejanos, los ingleses se gloriaban de la prosperidad y progreso que había conseguido su país(...).<sup>20</sup>

Y esta realidad encuentra su referente en la vida de los pueblos, mientras que los criterios de armonía y maduración en los procesos de aprendizaje e integración a la vida republicana cobran cada vez más adeptos al ver reflejadas un conjunto de bondades en el modelo inglés. Tenemos por otro lado, que la especulación mal llevada, es decir, aquella que ofrece más valor a las ideas que a los hechos da por resultado un enfrentamiento bélico sin garantías ciertas de mejora en las condiciones de vida de los ciudadanos. Quizá, más allá de un futuro provisor, la historia debe servir para mostrar ante lo acontecido el presente que se está viviendo, explotando valores como la paz, la convivencia, el reconocimiento, necesarios para un atemperado progreso. Su tarea descansa en mostrar e ilustrar los hechos para el mejoramiento del ciudadano. Las armas de la razón deben estar al servicio de la constitución de métodos para la explicación y la divulgación del conocimiento de forma clara y eficaz.

Además, la observación y el apego a la experiencia disipan dos males que socavan los cimientos de una sociedad, a saber: la ignorancia y el dogmatismo que arrastra visiones destempladas incitadoras de pasiones violentas y promotoras de conflictos violentos tanto a lo interno como a lo externo de las sociedades. Una vez más será Hume quién marcará las pautas que todo honesto pensador debe tener en cuenta a la hora de adelantar una visión del mundo, sea esta filosófica,

<sup>20</sup> Picón-Salas, Mariano. «Bello y la Historia» en Bello, Andrés, *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. XXXVI

moral científica o histórica. No se puede partir de falsas creencias, por cuanto ello redundaría en la difusión de supersticiones y fanatismos.<sup>21</sup> Ello va en contra del buen juicio como también el apego a las realidades materiales que conforman el conjunto de individuos de una nación. Es tan importante reparar en esta condición, ya que su descuido acarrea el fin de la libertad: «la superstición es enemiga de la libertad civil, y el entusiasmo su aliado (...)»<sup>22</sup>. Si volvemos a lo dicho por Bello en su *Discurso Inaugural de la Universidad de Chile* en relación a la moral y la política entendemos que la función de la institución universitaria no puede estar al servicio de pensamientos sectarios y menos aún aupar grupos que estimulen el odio y el fanatismo en la población. Dada esta premisa y haciendo honor a lo dispuesto, nada más alejado que permitir la tergiversación de la historia para beneplácito de algunos sectores sean estos políticos, sociales o económicos, ya que eso daría pie a la resquebrajamiento de la libertad civil, pilar fundamental de toda república. Hemos de reparar que para Bello, como veremos más adelante, la razón y la filosofía no pueden servir de excusa que justifique acciones reñidas con la libertad, las costumbres y el sano desenvolvimiento de los pueblos.

Bajo ningún expediente se puede utilizar la historia para justificar la violencia y la rebelión. Esto será necesario para entender en cuales espacios cabe hablar con propiedad de razón y filosofía de la historia. En primer lugar, queremos referirnos a la reseña que realiza Bello y que fuera publicada en la *Revista de Santiago* en 1848 sobre el trabajo del W. H. Prescott, titulado *Historia del Perú*. El ejercicio histórico que realiza el historiador de origen estadounidense se presenta como una clara muestra de apego a la buena metodología en materia historiográfica. Por cuanto respeta los documentos mostrándolos bajo un juicioso criterio de imparcialidad. En su criterio, Bello indica que el autor no se constriñe simplemente a «(...)recopilar o reproducir bajo una nueva forma los trabajos de que ya estaba en posesión el

---

<sup>21</sup> «...Y de Hume quizás ha aprendido don Andrés Bello, muy liberal y serenamente, que los dos escollos más peligrosos de toda Historia y toda Política son la superstición y el ciego entusiasmo. En los conflictos futuros de nuestro humanista con la más beligerante juventud chilena, y también en su más velado combate contra los inexpugnables conservadores nunca olvida la tesis del autor de *Treatise on Human Nature*...» Picón-Salas, Mariano. *Ibid.* p. XXXVI.

<sup>22</sup> Hume, David. «De la superstición y el entusiasmo» en *Ensayos políticos*. Barcelona. Editorial Orbis. 1985. p. 85.

público...».<sup>23</sup> sino que procura ofrecer un panorama de apertura hacia el campo reflexivo a tiempo que no escatima esfuerzos para que dichos flirteos no dejen el suelo sólido de los documentos, encaminándose por la senda de la vana ilusión y engaño. «Mr. Prescott ha tenido la fortuna de consultar gran número de documentos inéditos; (...), ha sabido ordenarlos de un modo luminoso, y apreciar las personas y los hechos con mucha imparcialidad y filosofía(...)».<sup>24</sup> Bello lo equipara con el método de trabajo de Edward Gibbon, dada la profusión de detalles históricos, manejo documental y respeto por el lector. Al no tener la suficiente autoridad para establecer una premisa desde la rigurosidad que ofrece la fidelidad de la fuente consultada, evita arriesgar hipótesis no amparadas por el documento correspondiente. Dar a conocer las dificultades sin ocultar sus lagunas, «(...)cuando los testimonios son oscuros o contradictorios, indica en breves notas las razones que han motivado su elección o su interpretación(...)».<sup>25</sup> Talante que en todo momento debe guiar las labores del historiador: «En esta parte ha cumplido con religiosa puntualidad los deberes del historiador... La importancia de este modo de proceder es incontestable, y el omitirlo no puede menos de influir de un modo desventajoso en la fe del lector...».<sup>26</sup> Claridad expositiva, observación de los hechos, respeto por la cadena de acontecimientos evitando cualquier descuido u omisión. Finalmente, capacidad de divulgar a través de lo expuesto una enseñanza que desemboque en la reflexión y en la filosofía, así también la capacidad de juzgar bien y aconsejar aún mejor sobre cómo a un maestro le corresponde administrarse con discernimiento entre los espacios del saber.

Y siguiendo este orden de ideas, nos remitimos a dos artículos publicados en *El Araucano*, N. 912 de fecha 28 de enero de 1848, y en el N 913 del 4 de febrero del mismo año en el que Bello expone su opinión sobre cómo debe exponerse por escrito los temas históricos. El primero de ellos se titula: *Modo de escribir la historia*, y el segundo: *Modo de estudiar la historia*. Ambos reflejan la posición vertical de Bello ante las propuestas de análisis históricos de la joven intelectualidad chilena –Jacinto Chacón y José V. Lastarria– más inclinada por las interpretaciones

<sup>23</sup> Bello, Andrés, «Historia de la Conquista del Perú por W. H. Prescott.» *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p .265.

<sup>24</sup> *Ibid.* p. 265.

<sup>25</sup> *Ibid.* p .266.

<sup>26</sup> *Ibid.* p .266.

ideológicas y proselitistas de la historia que del respeto que se merece la ecuanimidad en el tratamiento de los hechos.<sup>27</sup>

No reconoce Bello, en *Modo de escribir la historia*, la intromisión de la filosofía cuando se da a la tarea de legitimar un modo de hacer historia discriminando los hechos o peor aún tergiversándolos. No puede tomarse en serio un pensamiento que busca a cualquier precio legitimar sus postulados, desdénando las pruebas documentales que demuestran una realidad diametralmente opuesta. Bello para apoyar su tesis de que nada puede colocarse por encima de la secuencia verídica de los hechos, cita a historiadores de valía, entre los cuales se cuentan: Carlos du Rozoir, Agustín Thierry, Sismondi, y Barante. Para Bello estos autores «...conducen en la importancia de los hechos, y consideran la exposición del drama social viviente como la sustancia y el alma de la historia(...)»,<sup>28</sup> y es que apegado a las tesis que sostiene el empirismo inglés no admite otra fórmula que pueda sortear mejor el trabajo de reconstruir el pasado, en consecuencia la atenta observación de la cadena de hechos que provienen de la experiencia y una razón educada para ilustrar y no para tergiversar se presentan como la estrategia privilegiada para el oficio del historiador a la hora de retratar el espíritu de un pueblo.

En la concepción de Bello la tarea que toca a la Filosofía de la Historia viene después, y nunca antes, de la exposición de los hechos. Privará en el oficio del historiador la constatación de los documentos y la datación de los monumentos. «...sólo por los hechos de un pueblo, individualizados, vivos, completos, podemos llegar a la filosofía de la historia de ese pueblo.»<sup>29</sup> Ahora bien, es necesaria una acotación, Bello ve indispensable diferenciar «(...)dos especies de filosofía de la

---

<sup>27</sup> «Como quedó claro en los debates con Jacinto Chacón y José Victorino Lastarria, Bello defendía una historia políticamente neutral y fuertemente orientada a la investigación, y por eso reaccionó muy fuertemente ante la idea de una disciplina que sirviese propósitos políticos, por muy ilustrados que estos fueran. Bello reaccionó particularmente contra la idea de que la historia sirviese para justificar el quiebre con el pasado hispánico. Tal pasado podía analizarse e incluso condenarse, pero no sería historia sin el apoyo documental que los proponentes locales de la «filosofía de la historia» consideraban como de importancia secundaria.» Jaksic, Iván, op. cit. pp. 255, *Idem* 256.

<sup>28</sup> Bello, Andrés, «Modo de escribir la historia.» *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 236.

<sup>29</sup> *Ibidem* p. 237.

historia(...)<sup>30</sup>, la una comprende la «ciencia de la humanidad en general»,<sup>31</sup> en el que se privilegia los primeros principios y las leyes que gobiernan las ciencias y la moral, en cuanto manifestaciones inherentes a la naturaleza humana, mientras que la otra es «(...) comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de esa raza, de ese pueblo, de esa época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época; no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio, (...)».<sup>32</sup> Se trata de una Filosofía de la Historia que se apresta a la descripción de los hechos buscando ilustrar con ropajes conceptuales del presente los acontecimientos del pasado. Ello con la intención de transportar al presente las enseñanzas del pasado, en una palabra, vivenciar nuevamente lo sucedido para de esta manera alcanzar una comprensión del pasado que sea de provecho para el presente que nos agobia.

Y esta comprensión debe reconocer que la vida humana posee su tiempo de crecer y perecer, de avanzar y reposar. Que lejos de uniformar bajo una idealey-fundamento el destino de un hombre o de un pueblo se trata de iluminar su riqueza y diversidad. «(...) la filosofía general de la historia no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo, en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países(...)»<sup>33</sup> y es que para Bello, no se puede a priori dibujar el mapa de un país, indicando sus llanuras, montañas y costas, es menester estar en el sitio, registrar sus peculiaridades y sólo después de ello se pueden adelantar teorías que se ajusten a la recopilación y ordenación de los datos. La certeza de un conocimiento no descansa sobre las esencias inmutables de las cosas, sino en su realización verificable en el mundo empírico. Toda teoría que quiera ser tomada en cuenta debe contar con un número suficiente de pruebas empíricas que la acompañe, de lo contrario estaríamos hablando de superstición y dogmatismo.

<sup>30</sup> Ibidem.

<sup>31</sup> Ibidem.

<sup>32</sup> Ibidem.

<sup>33</sup> Ibidem. pp.237, 238.

Así es como concibe la filosofía de la historia el filósofo que mejor ha inculcado su importancia, sus elementos y su alcance. Ella es, según él, la filosofía del espíritu humano aplicada a la historia; supone por tanto la historia; y de tal modo la supone, que debe ser comprobada, garantizada por ella, para que estemos seguros de que es la expresión exacta de la naturaleza humana, y no un sistema falaz que impuesto a la historia la adultere. Esta filosofía debe estudiarlo todo; debe examinar el espíritu de un pueblo en su clima, en sus leyes, en su religión, en su industria, en sus producciones artísticas, en sus guerras, en sus letras y ciencias; y cómo pudiera hacerlo si la historia no desplegase ante ella todos los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral?<sup>14</sup>

En consecuencia, la Filosofía de la Historia, para Bello, tiene por finalidad indagar sin reparo, todos y cada uno de los aspectos que constituyen un evento, una secuencia de hechos. Tan importantes son los hechos de la guerra y la biografía de los grandes hombres, como la historia de las religiones, de las leyes, de la cultura o la geografía. Sería poco el servicio de una Filosofía de la Historia, en relación a la vida de un pueblo, si primero no registra los hechos que conforman la vida cotidiana de ese pueblo. Es menester una sociología histórica que no escatime esfuerzo por organizar los distintos engranajes que conforman la red social de un pueblo. Sin la organización y descripción del material documental será muy exiguo lo que se puede hacer por percibir el verdadero espíritu de un pueblo. De ahí que le toca a una institución tan importante como la universidad auspiciar aquellas investigaciones históricas preocupadas por el hallazgo, cuidado y exposición de todas las piezas que puedan contribuir con renovadas y eficaces luces sobre los eventos registrados en tiempos ya pasados. Contra esta realidad no se puede luchar intentando imponer criterios acomodaticios o edulcorantes. Una Filosofía de la Historia debe, a juicio de Bello, no olvidar que por encima de los postulados que unos principios esenciales puedan erigir se encuentra la cadena continua e imprevisible de asociaciones y secuencias de sucesos únicamente observables a través de la experiencia. El historiador debe acometer con probidad y ecuanimidad sus estudios, lo que en definitiva viene a entenderse como la facultad de mantenerse fiel a los acontecimientos, sin quitarle, ni añadirle nada. La virtud del investigador radica en retratar con vivos colores el pasado, en una palabra revivir, o si se quiere, hacer inteligible lo que fue un modo de proceder ya caduco o extraño, pero que

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 238.

dice mucho de la naturaleza humana. Y sólo después de retratarlos puede y tiene derecho a ejercer las funciones racionales de una filosofía que no oculta ni engaña, sino que ilustra. En estas condiciones la filosofía que se requiere no puede extrapolarse de una región o cultura a otra, cada nación debe elaborar su propia Filosofía de la Historia.

Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de los que han hecho los europeos en su historia, aun cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia Europea será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo.<sup>35</sup>

Recordemos las palabras de alabanzas de nuestro autor para con el libro del secretario del interior de la República de Colombia, José Manuel Restrepo, titulado *Historia de la Revolución de Colombia*, en el que se señala la pulcritud en el tratamiento de los documentos, la fidelidad a los hechos y la virtud de reconstruir con la intención de ilustrar los sucesos que sirvieron de causa para la formación de la República colombiana.<sup>36</sup> Si bien esta reseña apareció en octubre de 1836 en *El Repertorio Americano* ubicándose doce años atrás de lo dicho en *Modo de escribir la historia*, manifiesta una forma de pensar que Bello jamás abandonó y que consideró fundacional de todas y cada una de las repúblicas que forman parte del concierto mundial de las naciones.

Asunto que Bello marca con total verticalidad en su artículo *Modo de estudiar la historia* aparecido después de *Modo de escribir la historia*, y que apunta directamente al trabajo titulado *Bosquejo Histórico* presentado por el profesor Jacinto Chacón, cuando expone las razones del jurado para rechazar el trabajo: «La comisión, (...) Juzga con sobrada razón que sin tener a la vista un cuadro en donde aparezcan de bulto los sucesos, las personas y todo el tren material de la historia, el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teorías y desfigura en parte la verdad (...)».<sup>37</sup> El problema radica en saber si una República

<sup>35</sup> Ibidem. p. 240.

<sup>36</sup> Véase Bello, Andrés, «Historia de la revolución de Colombia por el Sr. José Manuel Restrepo.» *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 395.

<sup>37</sup> Bello, Andrés, «Modo de estudiar la historia.» *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol.

como la chilena está en condiciones de elaborar una Filosofía de la Historia sin antes indagar y presentar para la discusión y análisis la infinidad de documentos que se requieren para el debido encadenamiento de los hechos, ello con la finalidad de no caer en ambigüedades que desemboquen en falsos entusiasmos. ¿Es hora de ejercitar el método que aprueba una interpretación general de la historia, en este caso chilena, o es menester aún dedicar esmerados esfuerzos por recorrer los caminos de una historia que se apoya en la narración de los distintos sucesos que conforman la historia chilena, bajo el postulado de que todavía no está concluida? Se trata de una interrogación que Bello considera ineludible, en especial dentro del claustro universitario.<sup>38</sup>

Es mucho lo que está por hacerse, en consecuencia, es poco lo que se tiene de soporte documental para con ello arriesgarse a postular una filosofía de la historia chilena. Bello no denigra del método que parte de una historia que busca generalizar los eventos, sólo considera que su precipitación lejos de ayudar al esclarecimiento de la historia de un pueblo la enturbia. «Cada uno de los dos métodos tiene su lugar; cada uno es bueno a su tiempo; y también hay tiempos en que, según el juicio o talento del escritor, puede emplearse el uno o el otro. La cuestión es puramente de orden, de conveniencia relativa.»<sup>39</sup> En el caso de la historia de la filosofía que busca establecer leyes generales, queda su provecho reducido a la magnificencia de ciertos valores del pasado, eso nadie lo pone en duda. Como tampoco nadie puede impedir que se resalten ciertos valores sobre otros, pero al hacerlo debe contarse con un número respetable de pruebas y documentos y aún así reconocerse que el autor de dicha filosofía estará muy lejos

XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 245.

<sup>38</sup> «No se trata pues de saber si el *método ad probandum*, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; no sobre si el *método ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el *método ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir, porque de ella no han salido a luz todavía más que unos pocos ensayos, que distan mucho de formar un todo completo; y ni aún agotan los objetos parciales a que se contraen...» Bello *Ibidem*. pp. 245, 246.

<sup>39</sup> *Ibidem*. p. 246.

<sup>40</sup> Véase Picón-Salas, Mariano. «Bello y la Historia» (...)p. XLIII y también Ardao, Arturo. «La relación de Bello con Stuart Mill» en *Andrés Bello, filósofo*. Caracas. Biblioteca de la Academia de la Historia. 1986.

de dictaminar una verdad sobre el pasado. Que su especulación no pasaría de ser una interpretación más entre otras y que en ningún momento podría esgrimirse argumentos metafísicos o teleológicos que lo legitimen como superior a todas aquellas historias que privilegian la observación de los hechos, su descripción e ilación a partir de una constatación empírica y comprobable de archivos, documentos y monumentos.

Para Bello la tarea consiste —en este punto se muestra partidario del tratamiento filosófico que ofrece la filosofía ecléctica de Víctor Cousin—,<sup>40</sup> en dedicar a la explicación de un mínimo de principios generales que justifiquen el por qué la preocupación por los hechos es tarea insustancial, sea porque están dispersos o son pocos los datos recogidos para una empresa de envergadura. Tratar de rellenar los espacios en blanco solo ha servido para mostrar perspectivas sobre un acontecimiento, pero no la realidad del acontecimiento. Para juzgar un evento, primero se debe tener a mano el mayor número de datos, fuentes y testimonios, de lo contrario «Lo que se llama filosofía de la historia, es una ciencia que está en mantillas(...) Ella es todavía una ciencia fluctuante; la fe de un siglo es el anatema del siguiente; los especuladores del siglo XIX han desmentido a los del siglo XVIII; las ideas del más elevado de todos éstos Montesquieu, no se aceptan ya sino con muchas restricciones. ¿Se ha llegado al último término? La posteridad lo dirá...»<sup>41</sup>. Bello se encontrará más cercano de los postulados que muestran la continuidad en los sucesos históricos antes que privilegiar el cambio y la revolución. Por lo tanto, entre la visión de Tocqueville y Michelet, Bello se encuentra más cercano al primero de ellos<sup>42</sup>. Por lo demás, lo asentado por Bello, bien puede ser considerado un argumento que goza de muchos adeptos en el siglo XX, cuando registra la tesis de una continuidad ordenada favoreciendo los hechos antes que aquellas tesis que apuestan por la implementación o instauración de leyes generales para explicar la cadena de hechos que va del pasado hasta el presente<sup>43</sup>.

<sup>40</sup> Bello, Andrés, «Modo de estudiar la historia.» *Obras Completas, Temas de Historia y Geografía*, Vol. XXIII, Caracas. Fundación La Casa de Bello. 1982. p. 251.

<sup>42</sup> «(...) Todo lo que pasó, tuvo la legitimidad de la existencia. No hay que analizarlo a la luz de una ideología o esquema abstracto, sino en la trama y conexión de los propios hechos. Testimonios de este estado de espíritu fueron en la Historiografía francesa el libro sobre *L'Ancien régime* de Alexis de Tocqueville». Picón-Salas, Mariano. «Bello y la Historia» (...).p. XLII.

<sup>43</sup> «(...) qué es la Historia, ...: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.» Carr, Edward H. *Op. cit.* p. 105.

Finalmente, consideramos necesario volver una vez más al *Discurso Inaugural de la Universidad de Chile*, dónde citando a Herder, Bello subraya el tipo de investigación histórica que considera necesario estimular y que no es otro que el estudio concienzudo de los hechos pasados. No se puede vislumbrar cuál será el propósito de la Humanidad si previamente no se escudriña en los pormenores, en aquellas cosas que hacen, a través de la acción, reconocible la impronta de los hombres. Después de cumplir con esta asignación viene de seguidas la etapa de instrucción y divulgación de dicho conocimiento, y sólo después de esta ardua e insustituible tarea se puede vislumbrar los propósitos generales que no son otros que los dispuestos por la voluntad divina, en torno a la convivencia y al reconocimiento entre todos los seres humanos y no la rebelión, la guerra y la muerte.<sup>44</sup>

Respetando, como respeto las opiniones ajenas, y reservándome sólo el derecho de discutir las, confieso que tan poco propio me parecería para alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar en sí, el atendernos a las conclusiones morales y políticas de Herder, por ejemplo, sin el estudio de la historia antigua y moderna, como el adoptar los teoremas de Euclides sin el previo trabajo intelectual de la demostración. Yo miro, señores, a Herder como uno de los escritores que han servido más útilmente a la humanidad: él ha dado toda su dignidad a la historia, desenvolviendo en ella los designios de la Providencia y los destinos a que es llamada la especie humana sobre la tierra. Pero el mismo Herder no se propuso suplantar el conocimiento de los hechos, sino ilustrarlos, explicarlos; ni se puede apreciar su doctrina, sino por medio de previos estudios históricos. Sustituir a ellos deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grande pueblos y de los grande hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones duraderas; (...) Y lo que digo de la historia me parece que debemos aplicarlo a todos los otros ramos del saber. Se impone de este modo al entendimiento la necesidad de largos, es verdad, pero agradables estudios(...)<sup>45</sup>

<sup>44</sup> «Infinitamente pequeño para el orgullo que pretende serlo todo, saberlo y formarlo todo; infinitamente grande para la pusilanimidad que no se anima a ser nada; y ambas cosas nada más que instrumentos aislados en el plan de una inmensa Providencia(...)» Herder, J. G. *Filosofía de la Historia para la educación de la Humanidad*. Buenos Aires. Editorial Nova. 1950. p. 145.

<sup>45</sup> Bello, Andrés. «Discurso pronunciado(...)» pp. 18, 19.

Según Bello, la posición de Herder consistía en mostrar la importancia que tiene las indagaciones en el terreno empírico. Sin este suelo nutricio sería imposible establecer el entramado intelectual que construye Herder con la finalidad de expresar el progreso cultural de los pueblos. Ningún momento puede regirse por ideas generales o leyes universales impuestas desde el Estado. Todo proceso cultural es continuo, en consecuencia sus registros históricos no pueden alterar esta realidad.<sup>46</sup> Sólo después de esa minuciosa presentación es posible ofrecer el espíritu de un pueblo, pero nunca antes. Descuidar esta secuencia significaría, para Andrés Bello, conformarse con enseñar una colección de aforismos y teoremas sin vida y propósito, que lejos de ilustrar se estaría educando a ciudadanos incapaces de razonar y poco «...susceptible de impresiones duraderas (...)» e imposibilitados de reconocer que su presente debe guardar estrecha relación con su pasado y que lejos de renegar de él, debe integrarlo a su entorno. Esta sería la única manera de concebir el continuo progreso de las sociedades manifestando valores de paz, convivencia y cultura. En esta tarea la historia se muestra aliada insustituible y ejemplar para los otros campos del saber, dada su disposición al orden y a la observación directa de la realidad.

<sup>46</sup> Véase Jaksic, Iván. *Op. cit.* pp. 247 al 250. Este trabajo se da a la tarea de desarrolla la controversia entre Bello y Lastarria en torno al pensamiento de Herder, en el que cada uno de ellos disputantes extrajo las ideas del pensador alemán que mejor les convenia para apuntalar sus argumentos.